

minaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leónida: y que pues era causa tan justa y buena, no se había de desdenar de tomarla á su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella vencida de ellas, y más por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leónida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo cuanto su fuerza é industria alcanzase, puesto que se le hacía dificultosa tal empresa, por la inimizia grande que entre nuestros padres conocía, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leónida conmigo se casase. Moviada pues con esta buena intencion y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento; y discurriendo consigo qué entrada tendría para con Leónida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecía á darla cuando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo día le envié una que, por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasión de ponerla en las manos de Leónida. No, dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dejes de decir la carta que á Leónida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazón, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella granjeaste, no me lo niegues ahora en no decírmela. Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razón me parece que no acerté á decir alguna, aunque fué harto acertamiento que Leónida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decia desta manera.

LISANDRO Á LEÓNIDA.

«Mientras que he podido (aunque con grandísimo dolor mio) resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por tí, ó hermosa Leónida, me abrasa, jamás he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor que en tí conozco, de descubrirte el amor que te tengo; mas ya que es consumida aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte, hame sido forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero y último remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la cual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los cuales y el fin adonde se encaminan, conocerás de Silvia que esta te dará; y pues ella se ha atrevido, con ser quien es, á llevártela, entiende que son tan justos, cuanto á tu merecimiento se deben.»

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el cual prosiguiendo la historia de sus amores, dijo: No pasaron muchos días sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leónida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la cual, junto con dársela, le dijo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leónida había recibido, como fué decirle cuánto bien

se seguiría, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que el fin de tan buena intencion la había de mover á no desechar mis deseos; cuanto mas que no se debía compadecer con su hermosura, dejar morir sin mas respeto á quien tanto como yo la amaba, añadiendo á estas otras razones que Leónida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta que ahora te diré.

LEÓNIDA Á LISANDRO.

«Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento había nacido de mi poca honestidad, en mí mesma ejecutaría la pena que tu culpa merece; pero por asegurarme de esto lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que mas ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediarlos, como á Silvia para creellos, de la cual tengo mas queja por haberme forzado á responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra que con tus vanidades.»

Esta fué la respuesta de Leónida, la cual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo áspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamás pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo cual estaba tan desesperado é impaciente, como un agárrochado y vencido toro. Por causa de sus amores había tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un día de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales mas diestros del lugar tuvieron, Carino fué vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo, y no ménos lo tenía contra otro hermano mio, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como á un mismo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenía por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese: Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leónida venía á casa de Silvia, Carino la acompañaba; por la cual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leónida trataba, que en aquella sazón andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesion de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos; los cuales sabidos de Carino, me tomó por instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. Porque un día (haciendo del leal con Crisalvo, y dándole á en-

tender que tenía en mas su amistad que la honra de su parienta) le dijo, que la principal causa porque Silvia no le amaba ni favorecía, era por estar de mí enamorada, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasión amorosa, en mil señales lo hubiera ya reconocido; y que para certificarse mas de la verdad que le decia, que de allí adelante mirase en ello, porque vería claramente cómo sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traía espías, por ver lo que yo con Silvia pasaba; y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los míos convenía, éranle á Crisalvo referidas, con otros favores que de limpia amistad procedidos Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser el hermano de Leónida, tenía yo mas cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrían fin nuestras enemistades, de lo que él estaba bien ajeno; ántes se pensaba que por serle yo enemigo había procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese; y esto le acrecentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenía tan poco, que poco era menester para acabarse; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á aborrecer á Silvia tanto cuanto la había querido, solo porque á mí me favorecía no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decia; y así en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decia mal de Silvia, dándole títulos ó renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun crédito á sus palabras. En este medio había concertado Silvia con Leónida, que los dos nos desposásemos, y que para que mas á nuestro salvo se hiciese, sería bien que un día que con Carino Leónida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde allí en compañía de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes míos vivian, en cuya casa con mas quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leónida no fuesen contentos, á lo ménos estando ella ausente sería mas facil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestra de grandísimo ánimo, que llevaría á Leónida á la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le dí, me parece que bastaran á deshacer en un corazon de acero cualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debía, ordenó la traicion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leónida, y viendo ser conforme á la que Silvia le había dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del día entendiesen que había de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leónida, ofrecien-

dose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

Después de hecho este concierto que has oido, se fué á Crisalvo, segun después acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traía, que en una cierta noche había determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecía coyuntura de vengar su corazon en entrambos: en Silvia, por la poca cuenta que de sus servicios había hecho; en mí, por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le había hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho ménos á otro corazon no tan cruel como el suyo moviera á cualquier mal pensamiento. Llegado pues ya el día que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que había de hacer, me fui á la otra aldea á dar orden cómo recibir á Leónida. Y fué el dejarla encomendada á Carino, como quien deja á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilan que la despedace. ¡Ay, amigo, que llegando á este paso con la imaginacion, no sé cómo tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto mas lengua para decirlo! ¡Ay, mal aconsejado Lisandro! ¿cómo, y no sabías tú las condiciones dobladas de Carino? Mas ¿quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay, mal lograda Leónida! ¿cuán mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogermela por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino había de traer consigo á Leónida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debía de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leónida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como presagio que había de ser la última despedida. Debía de considerar entonces la sin ventura la traicion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba, y cuán mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenía. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencía, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trujese. ¡Cuántas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñé el día que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdomela que saliendo de la aldea un poco ántes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pié de un alto Fresno en el mismo camino por donde Leónida había de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme y recibilla, y sin saber cómo y sin yo quererlo me quedé dormido; y apenas hube entregado los ojos al sueño, cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recísimo viento que soplabá, desarraigando las hondas raíces de la tierra, sobre mi cuerpo se caía, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y otra parte

me revolvia; y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la cual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella movernos de compasion hacerlo, al mismo instante salió un fiero leon del bosque, y cogiéndola entre sus agudas uñas, se metía con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me habia escapado del grave peso, la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes: de lo cual tanto dolor sentia, que el alma se me arrancaba solo por la compasion que ella habia mostrado de mi trabajo; y así comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron, y hallando las mejillas bañadas del llanto, quedé fuera de mí, considerando lo que habia soñado; pero con la alegría que esperaba tener de ver á mi Leónida, no eché de ver entónces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despertado me habia de suceder. A la sazón que yo desperté, acababa de cerrar la noche con tanta escuridad, con tan espantosos truenos y relámpagos, como convenia para cometerse con mas facilidad la crueldad que en ella se cometió. Así como Carino salió de casa de Silvia con Leónida, se la entregó á Libeo, diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y aunque Leónida se alteró de ver á Libeo, Carino la aseguró que no era menor amigo mio Libeo que él propio, y que con toda seguridad podia ir con él poco á poco, en tanto que él se adelantaba á darme á mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple, en fin, como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenia, guiada del comedido Libeo, tendia los temerosos pasos para venir á buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el cual con otros cuatro parientes suyos, en el mismo camino por donde habian de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban: y dijoles como Silvia venia, y solo yo que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasion que la suerte les ponía en las manos para vengarse de la injuria que los dos le habiamos hecho, y que él sería el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Aperciéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traicion semejante por el camino se venian; los cuales llegados á do la celada estaba, al instante fueron con ellos los pífidos homicidas, y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leónida, pensando ser Silvia, y con injurias y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo, á tiempo que ya Libeo por los otros cuatro, creyendo que á mí me las daban, con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vio cuán bien habia salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traidores contentísimos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron á su aldea, y Crisalvo se fué á casa de Silvia á dar él mismo á sus padres la nueva de lo que habia hecho, por acrecentarles el pesar y sentimiento, diciéndoles que fuesen á dar sepultura á su hija Silvia, á quien él habia quitado la vida, por haber hecho mas caudal de la

fria voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia, que sintió lo que Crisalvo decia, dándole el alma lo que habia sido, le dijo como ella estaba viva, y aun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese mas su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dijo, que su hermana Leónida se habia partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado. Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandísima confusion y furia volvió él solo á ver quién era la que habia muerto, pues Silvia estaba viva. Mientras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia extraña esperando á Carino y Leónida; y pareciéndome que ya tardaban mas de lo que debian, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algun caso aquella noche se habian detenido, y no anduve mucho por el camino, cuando oí una lastimada voz que decia: ¡Oh soberano Hacedor del cielo! encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia, para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay, Lisandro, Lisandro, y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haberla yo por tí perdido! ¡Ay, cruel hermano! ¿Es posible que sin oír mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leónida la que las decia, y présago de mi desventura, con el sentido turbado fuí á tienta á dar adonde Leónida estaba envuelta en su propia sangre, y habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dije: ¿Qué desdicha es esta, bien mio? Anima mia, ¿cuál fué la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fuí conocido de Leónida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dijo solas estas: Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la cual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me deje gozar en la otra del reposo que á mí me ha negado; y juntando mas su boca con la mia, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el cuerpo, quedé sin ningún sentido; y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Piramo y Tisbe trujera á la memoria. Mas despues que volví en mí, abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y suspiros, sentí que hacia donde yo estaba venia uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacia oscura, los ojos del alma me dieron á conocer que el que allí venia era Crisalvo, como era la verdad; él tornaba á certificarse si por ventura era su hermana Leónida la que habia muerto; y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegó á él como sañudo leon, y dándole dos heridas, di con él en tierra; y ántes de espirar le lleve arrastrando adonde Leónida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leónida el puñal que su hermano traia, que era el mismo con que ella habia muerto, ayudándole yo á ello, tres veces se le linqué

por el corazón; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leónida, llevéle á la aldea donde mis parientes vivian. Y contándoles el caso les rogué le diesen honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo; el cual por haberse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy que le hallé á la salida de este bosque, despues de haber seis meses que ando en su demanda; él ha hecho ya el fin que su traicion merecia, y á mí no me queda ya de quien tomar venganza, si no es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oido. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion de lo considere. Y con esto dió fin á su plática, y principio á tantas lágrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero despues que por largo espacio habian desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso de él habia visto; y entre otras cosas que le dijo, y la que á Lisandro mas le cuadró, fué decirle: Que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno, y que pues de la honestidad y noble condicion de Leónida se podria creer, segun él decia, que de dulce vida gozaba, ántes debia alegrarse del bien que ella habia ganado, que no entristecerse por el que él habia perdido. A lo cual respondió Lisandro: Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno: en la muerte de Leónida comenzó mi desventura, la cual se acabará cuando yo la torne á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la cual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciéndole su amistad en todo aquello que podria ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fué posible, y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavia lo hubo de hacer forzado de su importunacion; y así los dos se levantaron y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero ya que la blanca aurora dejaba el lecho del celoso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero dia, levantándose Erastro comenzó de poner en órden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y así viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fué conocido, que era Galatea quien lá sonaba; y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que sería mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecia tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles

la luz si pudiera; mas la que salia de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel dia en su compañía, llamó á la borrega mansa de su manada, á la cual siguieron las demas, y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegándose á do la pastora estaba, le dijo: Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escogé la que mas te agradare, que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas; pues yo, que nací para servirte, tendré mas cuenta de ellas que de las mias propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merecé la limpia voluntad que te tengo, que segun el viaje que traías, á la fuente de las Pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino: y si esto es así como pienso, dime adónde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamas el mio. Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañía ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar hoy la siesta en el arroyo de las Palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoy allí nuestros ganados; y como yo venia des-cuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las Pizarras como de ella mas acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha. ¡Ay, Galatea! replicó Elicio, ¡y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tú quieres! Ora vayas al arroyo de las Palmas, al soto del Concejo, ó á la fuente de las Pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y así no tengo culpa, si no he remediado ninguna. No sé cómo puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas, pues á mujeres no son concedidas, haya herido á nadie. ¡Ay, discreta Galatea! dijo Elicio, ¡cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, á la cual invisiblemente has llagado, y no con otras armas que con las de tu hermosura! Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En ménos me tendria yo, respondió Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazón llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba y los dejaba, le dijo: ¿Adónde vas ó de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros, que te adoramos, te alejas ¿quién esperará de tí compañía? ¡Ay, enemiga, cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades! El cielo destruya la buena que tengo si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mias. ¿Rieste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hácia el arroyo de las Palmas, y aba-

jando desde lejos la cabeza en señal de despedirse, los dejó: y como se vió sola, en tanto que llegaba adonde su amiga Florisa creyó que estaría, con la extremada voz que el cielo plugo darle, fué cantando este soneto.

GALATEA.

Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha
De amor que abrasa, aprieta, enfria y hiere,
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda de tal nudo satisfecha.
Consuma, cña, hiele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad cuanto quisiere,
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
Tener la mia en su calor deshecha.
Su fuego enfriará mi casto intento,
El hudo rompere por fuerza ó arte,
La nieve deshará mi ardiente celo,
La flecha embotará mi pensamiento:
Y así no temeré en segura parte
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando á la cítara de Orfeo, lira de Apolo y música de Anfon los muros de Troya y Tébas por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pusiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea y llegar adonde Florisa estaba fué todo á un tiempo, de la cual fué con alegre rostro recibida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dejaron ir á su albedrío sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corría, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas, que en las grandes ciudades se tienen por mas hermosas); tan hermosas quedaron despues de lavadas como ántes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mejillas encendidas y sonrosadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnalda con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traían. En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea ni de las otras comarcas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venía poco á poco hácia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venía tan embebida y trasportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas íntimo de sus entrañas parecían arrancados: torcia asimesmo sus blancas manos, y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los extremos de dolor que la pastora hacia, conocieron Galatea y Florisa que de algun interno dolor traía el alma ocupada, y por ver en qué

paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacia: la cual llegándose al margen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corría, y dejándose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la cual lavándose los húmidos ojos, con voz baja y debilitada dijo: ¡Ay, claras y frescas aguas! ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar Océano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mesmo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que mas su llama acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdicion, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay, cruda hermana! ¿cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la humilde y amorosa presencia de Artidoró? ¿Qué palabras te pudo decir él para que le dices tan aceda y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenias en la cuenta que yo le tengo, que si así fuera, á fe que tú te mostraras tan humilde cuanto él á tí sujeto. Todo esto que la pastora decía, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazón que escuchándola no se enterneciera; y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corría, acomodando á su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa.

Ya la esperanza es perdida,
Y un solo bien me consuela:
Que el tiempo que pasa y vuela
Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor,
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor,
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor:
Las dos hicieron manida
En mi pecho, y no las veo;
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo,
Ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
Cuando la esperanza mengua,
Al contrario en mi parece,
Pues cuanto ella mas desmenga
Tanto mas él se engrandece:
Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan;
Que en esta amorosa escuela
Mi males me martirizan,
Y un solo bien me consuela.

Apénas hubo llegado
El bien á mi pensamiento,
Cuando el cielo, suerte y hado,
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado:
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amaina la vela,
Y al bien pasa mas ijero
Que el tiempo que pasa y vuela.

¿Quién hay que no se consuma
Con estas ansias que tomo,
Pues en ellas se ve en suma
Ser los cuidados de plomo,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan de caida
Mi dichosa nieve andanza
En ella este bien se anida:
Que quien llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que le solemnizaba; de las cuales movidas á compasion Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciéndole entre otras razones: Así los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que desees, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura ó qué destino te ha traído por esta tierra, que segun la plática que nosotros tenemos della, jamas por estas riberas te habemos visto. Y por haber oido lo que poco ha cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazón el sosiego que ha de menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, á lo ménos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con qué podré pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, si no es con callar, y agradecerlos y estimarlos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mí saber quisieredes, puesto que me sería mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro y gentil postura, respondió Galatea, que el cielo te ha dado tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues hubieses de perder reputacion en decirlo; y pues tu vista y palabras en tan poco han hecho esta impresion en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muéstranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, cuanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe si quisieredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las mas breves razones que pudiere, cómo del mucho entendimiento que juzgais que tengo ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás mas nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos pues, dijo la pastora, de este lugar, y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda deciros lo que me pesa de habérselo prometido, porque adivino que no estará en mas en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que cuanto tarde en descubrirnos mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometia, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado que ya Galatea y Florisa sabían, donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno, podían todas tres estar sentadas, y luego con extremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera.

En las riberas del famoso Henáres, que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fui yo nacida, y criada no en tan baja fortuna que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores, y á la labranza del campo acostum-

brados, en cuyo ejercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me habia puesto, que ninguna cosa me daba mas gusto que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenia ni podia tener mas cuidados que los que podían nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedía la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. ¡Ay cuántas veces, solo por contentarme á mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogía mis cabellos, y despues mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! Y ¡cuántas hice burla de algunas zagalas que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion del mal que los suyos sentían, con abundancia de lágrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrían! Acuérdomeme ahora, hermosas pastoras, que llegó á mí un día una zagala amiga mia, y echándome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes, me dijo: ¡Ay, hermana Teolinda! que este es el nombre de esta desdichada, y ¡cómo creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian! Yo entonces, admirada de los extremos que la veía hacer, creyendo que algun gran mal le habia sucedido de pérdida de ganado ó de muerte de padre ó hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dijese qué mal era el que tanto la aquejaba. Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dijo: ¿Qué mayor mal quieres, ó Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo habia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenia de los amores que el traidor con ella trataba? Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme y decirle: Mia fe, Lidia, que así se llamaba la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga venías herida, segun te quejabas. Pero ahora conozco cuán fuera de sentido andais vosotras las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Díme por tu vida, Lidia amiga, ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harías de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca de ellas; segun veo, sino menoscabo de nuestras honras y sosiego. Cuando Lidia oyó de mí tan contraria res-